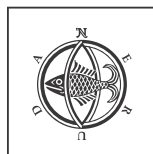


# Odas

Pablo Neruda



**Selección de**  
*Odas Elementales*  
(1954)  
**Verano**



Fundación  
Pablo Neruda

**Cultura**



# Odas

Oda al verano  
Oda al mar  
Oda a Valparaíso  
Oda a la gaviota  
Oda al sol  
Oda a la alegría  
Oda al día feliz  
Oda a la sandía  
Oda al caldillo de congrio  
Oda al ancla  
Oda al barco pesquero  
Oda a la vida



# Oda al verano

Verano, violín rojo,  
nube clara,  
un zumbido  
de sierra  
o de cigarra  
te precede,  
el cielo  
abovedado,  
liso, luciente como  
un ojo,  
y bajo su mirada,  
verano,  
pez del cielo  
infinito,  
élitro lisonjero,  
perezoso  
letargo,  
barriguita  
de abeja,  
sol  
endiablado,  
sol terrible y paterno,  
sudoroso



como un buey trabajando,  
sol seco  
en la cabeza  
como un inesperado  
garrotazo,  
sol de la sed  
andando  
por la arena,  
verano,  
mar desierto,  
el minero  
de azufre  
se llena  
de sudor amarillo,  
el aviador  
recorre  
rayo a rayo  
el sol celeste, sudor  
negro  
resbala  
de la frente  
a los ojos  
en la mina  
de Lota,  
el minero  
se restriega  
la frente  
negra,  
arden  
las sementeras,  
cruje  
el trigo,  
insectos  
azules

buscan  
sombra,  
tocan  
la frescura,  
sumergen  
la cabeza  
en un diamante.

\*



# Oda a Valparaíso

Valparaíso,  
qué disparate  
eres,  
qué loco,  
puerto loco,  
qué cabeza  
con cerros,  
desgreñada,  
no acabas  
de peinarte,  
nunca tuviste  
tiempo de vestirte,  
siempre  
te sorprendió  
la vida,  
te despertó la muerte,  
en camisa,  
en largos calzoncillos  
con flecos de colores, desnudo  
con un nombre  
tatuado en la barriga,  
y con sombrero,  
te agarró el terremoto, corriste

enloquecido,  
te quebraste las unas,  
se movieron  
las aguas y las piedras,  
las veredas,  
el mar,  
la noche,  
tú dormías  
en tierra,  
cansado  
de tus navegaciones,  
y la tierra,  
furiosa,  
levantó su oleaje  
más tempestuoso  
que el vendaval marino,  
el polvo  
te cubría  
los ojos,  
las llamas  
quemaban tus zapatos,  
las sólidas  
casas de los banqueros trepidaban  
como heridas ballenas,  
mientras arriba  
las casas de los pobres  
saltaban  
al vacío  
como aves  
prisioneras  
que probando las alas  
se desploman.

Pronto,  
Valparaíso,  
marinero,  
te olvidas  
de las lágrimas,  
vuelves  
a colgar tus moradas,  
a pintar puertas  
verdes,  
ventanas  
amarillas,  
todo  
lo transformas en nave,  
eres  
la remendada proa  
de un pequeño,  
valeroso  
navío.  
La tempestad corona  
con espuma  
tus cordeles que cantan  
y la luz del océano  
hace temblar camisas  
y banderas  
en tu vacilación indestructible.

Estrella  
oscura  
eres  
de lejos,  
en la altura de la costa

resplandeces  
y pronto  
entregas  
tu escondido fuego,  
el vaivén  
de tus sordos callejones,  
el desenfado  
de tu movimiento,  
la claridad  
de tu marinería.  
Aquí termino, es esta  
oda,  
Valparaíso,  
tan pequeña  
como una camiseta  
desvalida,  
colgando  
en tus ventanas harapientas,  
meciéndose  
en el viento  
del océano,  
impregnándose  
de todos  
los dolores  
de tu suelo,  
recibiendo  
el rocío  
de los mares, el beso  
del ancho mar colérico  
que con toda su fuerza  
golpeándose en ni piedra  
no pudo  
derribarte,

porque en tu pecho austral  
están tatuadas  
la lucha,  
la esperanza,  
la solidaridad  
y la alegría  
como anclas  
que resisten  
las olas de la tierra.

\*



# Oda a la gaviota

A la gaviota  
sobre  
los pinares  
de la costa,  
en el viento  
la sílaba  
silbante de mi oda.

Navega,  
barca lúcida,  
bandera de dos alas,  
en mí verso,  
cuerpo de plata,  
sube  
tu insignia atravesada  
en la camisa  
del firmamento frío  
oh voladora,  
suave  
serenata del vuelo,  
flecha de nieve, nave  
tranquila en la tormenta transparente  
elevas tu equilibrio  
mientras  
el ronco viento barre  
las praderas del cielo.

Después del largo viaje,  
tú, magnolia emplumada,  
triángulo sostenido  
por el aire en la altura,  
con lentitud regresas  
a tu forma  
cerrando  
tu plateada vestidura,  
ovalando tu nítido tesoro,  
volviendo a ser  
botón blanco del vuelo,  
germen  
redondo,  
huevo de la hermosura.

Otro poeta  
aquí  
terminaría  
su victoriosa oda.  
Yo no puedo  
permitirme  
sólo  
el lujo blanco  
de la inútil espuma.  
Perdóname,  
gaviota,  
soy  
poeta  
realista,  
fotógrafo del cielo.  
Comes,  
comes,  
comes,  
no hay  
nada que no devores,  
sobre el agua del puerto  
ladras  
como perro de pobre,  
corres  
detrás del último  
pedazo de intestino  
de pescado,  
picoteas  
a tus hermanas blancas,  
robas  
la despreciable presa,  
el desarmado cúmulo  
de basura marina,

acechas los  
tomates  
decaídos,  
las descartadas  
sobras de la caleta.  
Pero  
todo  
lo transformas  
en ala limpia,  
en blanca geometría,  
en la estática línea de tu vuelo.

Por eso,  
ancla nevada,  
voladora,  
te celebro completa:  
con tu voracidad abrumadora,  
con tu grito en la lluvia  
o tu descanso  
de copo desprendido  
a la tormenta,  
con tus paz o tu vuelo,  
gaviota,  
te consagro  
mi palabra terrestre,  
torpe ensayo de vuelo,  
a ver si tú desgranas  
tu semilla de pájaro en mi oda.

\*



# Oda al sol

No conocía el sol.  
Viví en invierno.  
Era  
en los montes australes.  
Las aguas  
invasoras  
sostenían  
la tierra,  
el firmamento era  
un pálido paraguas  
desbordado,  
una medusa  
oceánica  
de cabellera  
verde.  
Llovía  
sobre el techo,  
sobre las hojas negras  
de la noche,  
bajaba  
agua celeste  
desde los desdentados  
ventisqueros.

Después crucé los climas.  
Y en el desierto,  
redondo, arriba, solo,  
el sol de fuego  
con sus deslumbradoras  
crines rojas,  
el león en su círculo  
de espadas,  
la flor central  
del cielo,  
Oh sol  
cristal paterno,  
horario  
y poderío,  
progenitor planeta,  
gigante  
rosa rubia siempre  
hirviendo de fuego, siempre  
consumiéndote encendido,  
cocina  
cenital,  
párpado  
puro,  
colérico y tranquilo, fogón y  
fogonero,  
sol,  
yo quiero mirarte  
con los viejos  
ojos de América:  
guanaco  
huracanado,  
cabeza  
de maíz,  
corazón amarillo,

lunar de oro,  
cuerpo quemante,  
zanahoria ardiente,  
hermosa  
es tu mirada,  
apenas  
tocas  
la rama  
nace  
la primavera,  
apenas,  
cola de ámbar,  
tocas  
los trigales  
y se derrama el trigo  
repitiendo  
tu forma,  
pan,  
pan del cielo,  
horno sagrado,  
tú no fuiste  
estrella blanca,  
hielo,  
diamante congelado  
en la mirada  
de la noche:  
fuiste  
energía,  
diurno,  
fuerte fecundador, potro  
celeste,  
seminal semillero  
y bajo  
tu palpitante pulso



la semilla  
creció,  
la tierra  
desnudó su forma verde  
y nosotros  
levantamos  
las uvas  
y la tierra  
en una copa  
ardiendo:  
te heredamos:  
somos  
hijos  
del sol y de la tierra.  
Los hombres  
de América  
así fuimos creados,  
en nuestra sangre  
tierra y sol circulan  
como imanes nutricios,  
y te reverenciamos,  
esfera tutelar, rosa de fósforo,  
volador  
volcán del cielo,  
padre de cordilleras,  
tigre germinador,  
patriarca de oro,  
anillo  
crepitante,  
germen total, incubador  
profundo,  
gallo del universo.

\*



# Oda a la alegría

Alegría,  
hoja verde  
caída en la ventana,  
minúscula  
claridad  
recién nacida,  
elefante sonoro,  
deslumbrante  
moneda,  
a veces  
ráfaga quebradiza,  
pero  
más bien  
pan permanente,  
esperanza cumplida,  
deber desarrollado.  
Te desdeñé, alegría.  
Fui mal aconsejado.  
La luna  
me llevó por sus caminos.  
Los antiguos poetas  
me prestaron anteojos  
y junto a cada cosa

un nimbo oscuro  
puse,  
sobre la flor una corona negra,  
sobre la boca amada  
un triste beso.  
Aún es temprano.  
Déjame arrepentirme.  
Pensé que solamente  
si quemaba  
mi corazón  
la zarza del tormento,  
si mojaba la lluvia  
mi vestido  
en la comarca cárdena del luto,  
si cerraba  
los ojos a la rosa  
y tocaba la herida,  
si compartía todos los dolores,  
yo ayudaba a los hombres.  
No fui justo.  
Equivoqué mis pasos  
y hoy te llamo, alegría.

Como la tierra  
eres  
necesaria.

Como el fuego  
sustentas  
los hogares.

Como el parí  
eres pura.

Como el agua de un río  
eres sonora.

Como una abeja  
repartes miel volando.

Alegría,  
fui un joven taciturno,  
hallé tu cabellera  
escandalosa.

No era verdad, lo supe  
cuando en mi pecho  
desató su cascada.

Hoy, alegría,  
encontrada en la calle,  
lejos de todo libro,  
acompañame:

contigo  
quiero ir de casa en casa,  
quiero ir de pueblo en pueblo,  
de bandera en bandera.

No eres para mí solo.

A las islas iremos,  
a los mares.

A las minas iremos,  
a los bosques.

No solo leñadores solitarios,  
pobres lavanderas  
o erizados, augustos  
picapedreros,  
me van a recibir con tus racimos,

sino los congregados,  
los reunidos,  
los sindicatos de mar o madera,  
los valientes muchachos  
en su lucha.

Contigo por el mundo!  
Con mi canto!  
Con el vuelo entreabierto  
de la estrella,  
y con el regocijo  
de la espuma!

Voy a cumplir con todos  
porque debo  
a todos mi alegría.

No se sorprenda nadie porque quiero  
entregar a los hombres  
los dones de la tierra,  
porque aprendí luchando  
que es mi deber terrestre  
propagar la alegría.  
Y cumplo mi destino con mi canto.

\*

# Oda al día feliz

Esta vez dejadme  
ser feliz,  
nada ha pasado a nadie,  
no estoy en parte alguna,  
sucede solamente  
que soy feliz  
por los cuatro costados  
del corazón, andando,  
durmiendo o escribiendo.  
Qué voy a hacerle, soy  
feliz.  
Soy más innumerable  
que el pasto  
en las praderas,  
siento la piel como un árbol rugoso  
y el agua abajo,  
los pájaros arriba,  
el mar como un anillo  
en mi cintura,  
hecha de pan y piedra la tierra  
el aire canta como una guitarra.

Tú a mi lado en la arena  
eres arena,  
tú cantas y eres cantó,  
el mundo  
es hoy mi alma,  
canto y arena,  
el mundo  
es hoy tu boca,  
dejadme  
en tu boca y en la arena  
ser feliz,  
ser feliz porque sí, porque respiro  
y porque tú respiras,  
ser feliz porque toco  
tu rodilla  
y es como si tocara  
la piel azul del cielo  
y su frescura.

Hoy dejadme  
a mí solo  
ser feliz,  
con todos o sin todos,  
ser feliz  
con el pasto  
y la arena,  
ser feliz  
con el aire y la tierra,  
ser feliz,  
contigo, con tu boca,  
ser feliz.

\*







# Oda a la sandía

El árbol del verano  
intenso,  
invulnerable,  
es todo cielo azul,  
sol amarillo,  
cansancio a goterones,  
es una espada  
sobre los caminos,  
un zapato quemado  
en las ciudades:  
la claridad, el mundo  
nos agobian,  
nos pegan en los ojos  
con polvareda,  
con súbitos golpes de oro,  
nos acosan  
los pies  
con espinitas,  
con piedras calurosas,  
y la boca  
sufre  
más que todos los dedos:  
tienen sed

la garganta,  
la dentadura,  
los labios y la lengua:  
queremos  
beber las cataratas,  
la noche azul,  
el polo,  
y entonces  
cruza el cielo  
el más fresco de todos  
los planetas,  
la redonda, suprema  
y celestial sandía.  
Es la fruta del árbol de la sed.  
Es la ballena verde del verano.  
El universo seco  
de pronto  
tachonado  
por este firmamento de frescura  
deja caer  
la fruta  
rebosante:  
se abren sus hemisferios  
mostrando una bandera  
verde, blanca, escarlata  
que se disuelve  
en cascada, en azúcar,  
¡en delicia!  
¡Cofre de agua, plácida  
reina  
de la frutería,  
bodega  
de la profundidad, luna  
terrestre!

¡Oh pura,  
en tu abundancia  
se deshacen rubíes  
y uno  
quisiera  
morderte  
hundiendo  
en ti  
la cara,  
el pelo,  
el alma!  
Te divisamos  
en la sed  
como  
mina o montaña  
de espléndido alimento,  
pero te conviertes  
entre la dentadura y el deseo  
en sólo  
fresca luz  
que se deslíe,  
en manantial  
que nos tocó  
cantando.  
Y así  
no pesas,  
sólo  
pasas  
y tu gran corazón de brasa fría  
se convirtió en el agua  
de una gota.

\*



# Oda al caldillo de congrio

En el mar  
tormentoso  
de Chile  
vive el rosado congrio,  
gigante anguila  
de nevada carne.

Y en las ollas  
chilenas,  
en la costa,  
nació el caldillo  
grávido y succulento,  
provechoso.

Lleven a la cocina  
el congrio desollado,  
su piel manchada cede  
como un guante  
y al descubierto queda  
entonces  
el racimo del mar,  
el congrio tierno  
reluce  
ya desnudo,  
preparado  
para nuestro apetito.

Ahora  
recoges  
ajos,  
acaricia primero  
ese marfil  
precioso,  
huele  
su fragancia iracunda,  
entonces  
deja el ajo picado  
caer con la cebolla  
y el tomate  
hasta que la cebolla  
tenga color de oro.  
Mientras tanto  
se cuecen  
con el vapor  
los regios  
camarones marinos  
y cuando ya llegaron  
a su punto,  
cuando cuajó el sabor  
en una salsa  
formada por el jugo  
del océano  
y por el agua clara  
que desprendió la luz de la cebolla,  
entonces  
que entre el congrio  
y se sumerja en gloria,  
que en la olla  
se aceite,  
se contraiga y se impregne.

Ya sólo es necesario  
dejar en el manjar  
caer la crema  
como una rosa espesa,  
y al fuego  
lentamente  
entregar el tesoro  
hasta que en el caldillo  
se calienten  
las esencias de Chile,  
y a la mesa  
lleguen recién casados  
los sabores  
del mar y de la tierra  
para que en ese plato  
tú conozcas el cielo.

\*



# Oda al ancla

Estuvo allí, un pesado  
fragmento fugitivo,  
cuando murió la nave  
la dejaron  
allí, sobre la arena,  
ella no tiene muerte:  
polvo de sal en su esqueleto,  
tiempo en la cruz de su esperanza,  
se fue oxidando como la herradura  
lejos de su caballa,  
cayó el olvido en su soberanía.

La bondad de un amigo  
la levantó de la perdida arena  
y creyó de repente  
que el temblor de un navío  
la esperaba,  
que cadenas sonoras  
la esperaban  
y a la ola infinita,  
al trueno de los mares volvería.

Atrás quedó la luz de Antofagasta,  
ella iba por los mares pero herida,  
no iba atada a la proa,  
no resbalaba por el agua amarga.  
Iba, herida y dormida  
pasajera,  
iba hacia el Sur, errante  
pero muerta,  
no sentía su sangre,  
su corriente,  
no palpitaba al beso del abismo.  
Y al fin en San Antonio  
bajó, subió colinas,  
corrió un camión con ella,  
era en el mes de octubre, y orgullosa  
cruzó sin penetrarse  
el río,  
el reino de la primavera,  
el caudaloso aroma  
que se ciñe a la costa  
como la red sutil de la fragancia,  
como el vestido claro de la vida.

En mi jardín reposa  
de las navegaciones  
frente al perdido océano  
que cortó como espada,  
y poco a poco las enredaderas  
subirán su frescura  
por los brazos de hierro,  
y alguna vez florecerán claveles  
en su sueño terrestre,  
porque llegó para dormir

y ya no puedo restituirla al mar.

Ya no navegará nave ninguna.

Ya no anclará sino en mis duros sueños.

\*



# Oda al barco pesquero

De pronto en noche pura  
y estrellada  
el corazón del barco, sus arterias,  
saltaron,  
y ocultas  
serpentinadas construyeron  
en el agua  
un castillo  
de serpientes:  
el fuego aniquiló cuanto tenía  
entre sus manos  
y cuando con su lengua  
tocó  
la cabellera  
de la pólvora  
estalló  
como un trueno,  
como aplastada cápsula,  
la embarcación pesquera.

Quince  
fueron los  
muertos

pescadores,  
diseminados  
en  
la noche fría.

Nunca  
volvieron de este viaje.  
Ni un solo dedo de hombre,  
ni un solo pie desnudo.

Es poca muerte quince  
pescadores  
para el temblé  
océano  
de Chile,  
pero  
aquellos  
muertos errantes,  
expulsados  
del cielo y de la tierra  
por tanta soledad en movimiento,  
fueron  
como ceniza  
inagotable,  
como aguas enlutadas  
que caían  
sobre  
las uvas de mi patria,  
lluvia,  
lluvia  
salada,  
lluvia devoradora que golpea  
el corazón de Chile y sus claveles.

Muchos  
son,  
sí,  
los pobres  
de la mina  
tragados  
por la negra  
marea de la tierra,  
comidos  
por  
los sulfúricos  
dientes  
del mineral andino,  
o en la  
calle,  
en la usina,  
en el  
tristísimo hospital  
del desamparo.  
Sí,  
son  
siempre  
pobres  
los elegidos  
por la muerte,  
los cosechados en racimo  
por las manos heladas  
de la cosechadora.

Pero éstos  
aventados  
en plena, en plena sombra,  
con estrellas

hacia todas las aguas  
del océano,  
quince  
muertos  
errantes,  
poco  
integrados  
a la sal, a la ola,  
a las espumas,  
éstos  
sin duda  
fueron  
quince  
puñales  
clavados  
al corazón marino  
de mi pobre  
familia.

Sólo  
tendrán el ancho  
ataúd de agua negra,  
la única luz  
que velará  
sus cuerpos  
será  
la eternidad  
de las estrellas,  
y mil años  
viuda  
vagará por el cielo  
la noche del naufragio,  
aquella noche.

Pero  
del mar  
y de la tierra  
volverán  
algún día  
nuestros muertos.  
Volverán  
cuando  
nosotros estemos  
verdaderamente  
vivos,  
cuando  
el hombre  
despierte  
y los pueblos  
caminen,  
ellos  
dispersos, solos, confundidos  
con el fuego y el agua,  
ellos,  
tritutados, quemados,  
en tierra o mar, tal vez  
estarán reunidos  
por fin  
en nuestra sangre.  
Mezquina  
sería la victoria sólo nuestra.  
Ella es la flor final de los caídos.

\*



# Oda a la vida

La noche entera  
con una hacha  
me ha golpeado el dolor,  
pero el sueño  
pasó lavando como un agua oscura  
piedras ensangrentadas.  
Hoy de nuevo estoy vivo.  
De nuevo  
te levanto,  
vida,  
sobre mis hombros.

Oh vida,  
copa clara,  
de pronto  
te llenas  
de agua sucia,  
de vino muerto,  
de agonía, de pérdidas,  
de sobrecogedoras telarañas,  
y muchos creen  
que ese color de infierno  
guardarás para siempre.  
No es cieno.

Pasa una noche lenta,  
pasa un solo minuto  
y todo cambia.

Se llena  
de transparencia  
la copa de la vida.  
El trabajo espacioso  
nos espera.  
De un solo golpe nacen las palomas.  
Se establece la luz sobre la tierra.

Vida, los pobres  
poetas  
te creyeron amarga,  
no salieron contigo  
de la cama  
con el viento del mundo.

Recibieron los golpes  
sin buscarte,  
se barrenaron  
un agujero negro  
y fueron sumergiéndose  
en el luto  
de un pozo solitario.

No es verdad, vida,  
eres  
bella  
como la que yo amo  
y entre los senos tienes  
olor a menta.

Vida,  
eres  
una máquina plena,  
felicidad, sonido

de tormenta, ternura  
de aceite delicado.

Vida,  
eres como una viña:  
atesoras la luz  
y la repartes  
transformada en racimo.

El que de ti reniega  
que espere  
un minuto, una noche,  
un año corto o largo,  
que salga  
de su soledad mentirosa,  
que indague y luce, junte  
sus manos a otras manos,  
que no adopte ni halague  
a la desdicha,  
que la rechace dándole  
forma de muro,  
como a la piedra los picapedreros,  
que corte la desdicha  
y se haga con ella  
pantalones.  
La vida nos espera  
a todos  
los que amamos  
el salvaje  
olor a mar y menta  
que tiene entre los senos.

\*





*Fundación  
Pablo Neruda*

**Cultura**

**Portal Cultura Fundación Pablo Neruda**  
[cultura.fundacionneruda.org](http://cultura.fundacionneruda.org)

Instagram: @fundacionneruda  
X (Twitter): @fundacionneruda  
Facebook: @fundacionneruda

**MARZO / 2026**

**Imágenes interiores:**

Casas Museo Fundación Pablo Neruda

Banco de imágenes Pexels.com

Cazuela de congrijo, Restaurante «Juan y Medio» Olmué



Regrese de mis viajes. Navegue construyendo la alegría

FOTOS  
&  
VIDEOS



Fundación  
Pablo Neruda

Cultura